

# Revista de libros

---

STANLEY MOORE: *Crítica de la democracia capitalista*. Traducción de Marcelo Norwerstern. Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 174 págs.

Recientemente, George Lichtheim hacía notar, en una nota de la *New York Review of Books* (reproducida en la revista colombiana *Eco*), la inexistencia de un desarrollo acabado de la teoría del Estado en las obras de Marx y Engels. El contexto de la observación de Lichtheim era un examen de los trabajos producidos por la corriente althusseriana y, en particular, la dudosa pertinencia de la conceptualización debida a un miembro de la escuela —Nicos Poulantzas— cuando, en un denso volumen, estudia la estructura de las clases sociales y su relación con el poder en el *estado capitalista*. Este estado capitalista, en opinión de Lichtheim, no es una unidad conceptual que pueda rastrearse en los clásicos de la teoría: “es posible recorrer todas las obras de Marx y Engels sin dar con ningún examen sistemático de este tema particular”, nos dice. Más o menos contemporáneamente, Ralph Miliband consigna, en las primeras páginas de su estudio sobre *El Estado en la sociedad capitalista*: “Vale la pena recordar que el propio Marx nunca intentó realizar un estudio sistemático del Estado”, luego de lo cual presenta su trabajo como una contribu-

ción a la eliminación de esa carencia, reconociendo, por lo demás, como “un importante intento de elaboración teórica del ‘modelo’ marxista del estado” el emprendido por el mencionado Poulantzas.

Estas breves referencias pretenden sugerir la importancia de una obra introductoria al conjunto de temas y problemas que giran en torno a la noción de Estado en el marxismo. Stanley Moore nos ofrece una obra de esas características en su *Crítica de la democracia capitalista*, cuyo subtítulo es, precisamente, *Una introducción a la teoría del Estado en Marx, Engels y Lenin*. Los lectores de habla castellana recordarán a este autor por su opúsculo *Tres tácticas. Su origen en Marx* (publicado en el N° 13 de *Monthly Review. Selecciones en castellano*, setiembre de 1964, Ed. Perspectivas, Buenos Aires), en el que se ocupa de seguir la evolución de la actitud teórica y política de Marx y Engels frente al cambio social revolucionario.

En esta *Crítica* . . . , Stanley Moore se propone una empresa que exige cualidades expositivas nada fáciles de obtener:

precisión, claridad, penetración y una constante mirada abarcadora que relacione entre sí temas no siempre explícitamente vinculados por el autor (o los autores) de referencia. Podemos decir que el resultado es bastante aceptable. Aun dentro de las inevitables limitaciones y omisiones que caracterizan a este tipo de obras, la de Moore se impone como un serio esfuerzo de ordenamiento y ensamble de aquellos fragmentos relevantes para el estudio del objeto elegido. Y decimos fragmentos porque la limitación inicial es precisamente ésa: el no contar con un trabajo central, único y orgánico que sitúe los enfoques parciales dentro de la gran configuración totalizadora. Moore lo advierte: "ninguna obra individual de Marx, Engels o Lenin es a la teoría política lo que *El capital* es a la teoría económica" (pp. 10-11). Analogías de este tipo son bastante recurrentes en los estudiosos del marxismo. "Así como no se encuentra en *El capital* una teoría sistemática de la ideología en el modo de producción capitalista, tampoco se encuentra una teoría de lo político", nos dice Nicos Poulantzas (en *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*), quien ve que esas "instancias" se hacen presentes —en *El capital*— sólo por sus efectos en la región económica. Pero mientras Poulantzas se propone un trabajo teórico, a saber, la descripción estructural de la instancia o región política en el modo de producción capitalista, el objetivo de Stanley Moore es mucho más modesto, e implica una tarea gris y laboriosa: "el servicio que ofrezco a mis lectores es de recopilación y organización" (p. 10).

Moore se ocupa de las premisas conceptuales para un estudio del Estado en general, lo que lo lleva a pasar revista a los puntos centrales de la concepción marxista sobre el problema. La posición del materialismo histórico a propósito de las bases del poder del Estado implica una serie de postulados sobre las

relaciones entre economía y política, es decir entre relaciones de producción y formas institucionalizadas de dominio, y el sentido en que se ejerce la determinación entre ambos niveles. Entendiendo que las relaciones económicas constituyen, en cada formación social, la base sobre la que se levantan las complejas construcciones institucionales, y llamando al primer nivel infraestructural y al segundo superestructural, el materialismo histórico afirma que, más allá de las relativamente complicadas formas que adopte la legislación o la organización política, siempre tiene lugar *en última instancia* una determinación del carácter de las superestructuras por el carácter de las infraestructuras.

De acuerdo a esta perspectiva, la democracia capitalista es una fórmula política que expresa adecuadamente, dentro de ciertos límites, un tipo de dominio que tiene lugar en virtud de la existencia de individuos formalmente libres pero realmente sometidos al imperio del capital. En la sociedad burguesa hay una libertad y una igualdad jurídicas que reflejan, en su propio nivel, la libertad y la igualdad de los poseedores de mercancías, cuyo intercambio constituye la base económica de la sociedad. Ahora bien, este intercambio es, en el capitalismo, desigual: la forma básica de relacionarse los poseedores de mercancías, aquella forma sin la cual no existe capitalismo ni sociedad burguesa es la que enfrenta a los propietarios de la mercancía capital y los poseedores de la mercancía fuerza de trabajo. Capitalistas y obreros asalariados intercambian mercancías cuyos valores respectivos son, en apariencia, equivalentes y sobre esta ficción ideológica (puesta en claro por la noción de plusvalía) se edifica el orden formal de una democracia igualitaria en la que impera la universalidad abstracta de la ley. Pero así como la economía capitalista se asienta sobre la propiedad

privada, particularista, de los medios de producción, del mismo modo el Estado democrático burgués se asienta sobre el monopolio burocrático y político de los medios de coerción por parte de funcionarios que actúan como agentes de la clase capitalista. De este modo, una sociedad basada en la explotación del capital encuentra en la democracia burguesa la forma más depurada que asegura la reproducción del dominio clasista. “La república democrática es la caparazón política óptima para el capitalismo, porque la relación entre la administración burocrática y el sufragio universal es la contrapartida política óptima de la relación entre la explotación capitalista y el cambio de mercancías” (p. 92).

Si, de esta manera, el Estado aparece como un complejo institucional al que, en cada momento histórico, se adscribe el interés general de la clase dominante, el problema teórico que se plantea apunta a la situación del Estado luego de un cambio revolucionario que suprime toda forma de explotación clasista. Marx y Lenin dedicaron reflexiones decisivas a este punto: la proposición teórica establece que el Estado después de la revolución proletaria que lleva al poder a la clase obrera, no es abolido por un decreto imperativo sino que se “extingue” de muerte natural. Si el carácter general de la acción del Estado se define por los intereses de la clase social dominante, se deriva que cuando esta última es el proletariado —y dado que su interés de clase consiste en la supresión de todas las clases, por lo tanto de sí misma— se impone la desaparición de las instituciones represivas (entre ellas, el Estado), que han perdido su razón de ser en una sociedad de productores libres. Pero el supuesto de la “extinción” del Estado es una real pérdida de función de la represión, premisa incumplida durante el lapso más o menos extenso en que

las clases explotadoras anteriormente dominantes resisten activamente al nuevo poder, luchando por su supervivencia y por la reconquista del dominio burgués. Se abre así el período de la dictadura del proletariado que sustituye, declaradamente, a la no declarada pero real dictadura de la burguesía.

Esta concepción de las tareas políticas de la clase obrera es rechazada por el socialismo reformista, para el cual el Estado es permeable a progresivas modificaciones de su carácter de clase que permitirían, en el límite, imponer totalmente las reivindicaciones obreras. Desde este punto de vista, el programa de los partidos obreros se debería apoyar en los aspectos ventajosos de la democracia burguesa, es decir en el sufragio universal, que permite sumar voluntades al proyecto socialista; en los órganos representativos, que aceptan el ingreso de representantes obreros en el poder político y, *last but not least*, en la libertad de expresión, que tolera la existencia de periódicos e instituciones que pueden ejercer una función educativa y esclarecedora sobre la situación proletaria. El conjunto de estas opiniones, basadas en determinadas tesis sobre la naturaleza cambiante del capitalismo, se conocen como “revisionismo” (su inspirador, Eduardo Bernstein, exigió una “revisión” de Marx) y constituyó una tendencia duramente combatida por los líderes de la socialdemocracia revolucionaria, entre ellos Lenin, quienes denunciaron la colaboración de clases que implicaba el abandono de los principios marxistas. Posteriormente, la guerra de 1914, que no pudo ser hecha sin la aceptación de las clases obreras de los países beligerantes, confirmó esta denuncia, ya que una de las prolongaciones políticas del revisionismo consistió en desviar la atención de la lucha de clases para fijarla en la lucha inter-imperialista de las potencias participantes.

El autor de *Crítica de la democracia capitalista* se propuso que el lector estuviera en condiciones de internarse en la compleja trama de proposiciones e hipótesis sobre las contradicciones sociales básicas que la sociedad capitalista genera y reproduce en tanto esta reproducción es su misma condición de existencia. Para ello, utiliza un sistema de remisiones bibliográficas múltiples que al final de cada párrafo orientan al estudioso sobre la localización de las fuentes y le permiten confrontar las distintas formulaciones de una misma idea o los cambiantes enfoques de una misma cuestión teórica. Como lo indica el subtítulo del libro, el corpus examinado y expuesto abarca solamente las obras

de Marx, Engels y Lenin, y dentro de ellas sólo aquellas áreas temáticas de imprescindible acceso para una comprensión básica de la crítica marxista de la democracia capitalista. Los cuatro capítulos de la obra ("Un esbozo de la teoría de la dictadura", "Algunas características de la explotación capitalista", "Capitalismo y democracia", "Ideología y alienación") van seguidos de una extensa nómina de las obras citadas, que en esta versión de Siglo XXI figuran, con acertado criterio, según las principales ediciones castellanas disponibles.

José Szabón

ELSA TABERNIG DE PUCCIARELLI: *Qué es la traducción*. Ed. Columba, Buenos Aires, 1970. Volumen en rústica, 82 págs.

Limitada en su extensión por la índole de la Colección *Esquemas*, la obra que comentamos examina sin embargo con profundidad los múltiples aspectos de *la traducción*. La prof. Elsa Tabernig de Pucciarelli reúne en excelente grado las condiciones necesarias para semejante exposición sintética: largos años de docencia e investigación universitaria, acabado conocimiento de varias lenguas y, finalmente, su propia experiencia de traductora de obras de Charron Bremond, Kant, Herder, Schelling, Dilthey, Husserl, Worringer, Scheler, Vossler y otros.

*Qué es la traducción* comienza por orientar al lector acerca del tema, indicando las condiciones particulares de nuestra época que agudizan la conciencia de "la creciente necesidad y urgencia de la traducción en todos los niveles", al mismo tiempo que "la falta de material humano para cumplir satisfactoriamente con los requerimientos". Se dan primeramente algunas definiciones

y se indican luego las denominaciones que precedieron a "traducir", "traductor" y "traducción", creadas en el siglo XVI. *La traducción en la historia* (cap. II), informa sobre lo conocido acerca del tema en la historia de Oriente, en Roma, en la Edad Media, el Renacimiento, los siglos XVII y XVIII, el siglo XIX, para culminar con nuestra época. En pocas páginas, pues, se delinea la ruta principal de un trabajo que aún espera su concreción, ya que "todavía no existe una historia de la traducción, como la reclaman muchos lingüistas actuales". El siglo XX trae como principal novedad la traducción por medio de computadoras electrónicas. Los éxitos y fracasos parciales de esta experiencia contribuyeron a que la problemática de la traducción accediera a un tratamiento científico; de ello da cuenta el cap. III: *La traducción: Enfoque lingüístico*, donde se consideran las cuestiones de "confrontación y oposición de sistemas lingüísticos en los pla-

nos fónico, morfo-sintáctico y léxico". Otros son los problemas que surgen cuando el traductor, concretamente, se enfrenta a la tarea que le es propia; por ello el libro concluye con un *enfoque pragmático* (cap. IV) de los problemas diversos que plantean los textos, según que pertenezcan al *lenguaje informativo* (Irving M. Copi) —designativo, cognoscitivo, enunciativo, referencial, etc., según autores como Nida, Piaget, Jakobson y otros)—, al *lenguaje directivo* —incitativo, imperativo, persuasivo, etc.— o al *expresivo* —*emotivo*, evocativo y sugestivo, etc.—. Especialmente en el primer caso, la dificultad de la traducción aumenta hasta los límites de lo posible a medida que de las ciencias exactas vamos pasando a las ciencias humanas, que no se manejan con un lenguaje exclusivamente científico, y terminamos en la filosofía, cuyo lenguaje ofrece la ambigüedad de inscribirse en el plano del lenguaje científico a la vez que participa de las características del literario. Este último es quizá el que da lugar a mayores controversias, sobre todo en cuanto poesía lírica. La autora confronta diversas opiniones (Valéry, Bergson, W. Weidlé,

Battistessa, Heidegger...) cuyo detalle no podemos reproducir en esta reseña. Podría, eso sí, establecerse el siguiente criterio, referido en este caso a la traducción de poesías, como norma que debería adaptarse según la índole del trabajo: "El traductor tiene que comprender antes de traducir", esto es, entre otras cosas, "tener conocimientos teóricos, ya que en muchos casos el creador se atuvo a exigencias preestablecidas... También requiere el conocimiento claro de articulaciones en la arquitectura del texto, de matices lingüísticos, y el raro poder de captación de lo poético. En la etapa activa tiene que aplicar su capacidad de recreación orquestando el equivalente lingüístico en el idioma de la versión de acuerdo con la ley interior del original". La atenta consideración de los diversos problemas señalados por la autora en esta obra, basada "en la bibliografía de los últimos veinte años", será sin duda de gran provecho tanto para el teórico como para el "artesano" de la traducción. Cierra el libro una *Bibliografía* dividida según su correspondencia con los diversos capítulos.

Mario A. Presas

JULIO C. C. DE MURO: *El hombre y sus amos o la educación para la libertad*. Juárez Editor, Buenos Aires, 1971. Volumen rústica, 147 págs.

El problema del hombre, no importa el ángulo desde el cual se intente interpretarlo, a la postre enfoca el ser y el contenido de la libertad. Con este término, de tan difícil precisión, intentamos expresar lo más propio y genuino; algo cualitativo que interpone un abismo entre lo propiamente humano y lo no humano. El autor del presente libro no aspira a escribir una antropología; aunque, de hecho, por la temática elegida, al decir de Heidegger, la está desarrollando, porque el problema

central y casi único de toda antropología consiste en establecer el significado de la libertad.

Hay dos extremos en el tratamiento del problema: el vuelo metafísico, ávido de claridades mentales, aptas para sutileces especulativas; y una concentración psicológica y quizá sociológica, limitada a la narración de cómo operamos o nos vemos imposibilitados de operar. De Muro se mantiene en un equidistante término medio: no quiere pre-

sentar horro de fundamentación lo que propone, pero tampoco aventura a una problemática tal vez acuciante, pero alejada de finalidades prácticas. Desdeciría, por otro lado, a su condición de profesor de filosofía el simple señalamiento de normas previamente no justificadas. El libro se desenvuelve en el difícil proceso teórico-práctico de convencer para luego incitar; o, en otra forma, busca armonizar las exigencias del entendimiento con los estímulos de la voluntad. Escribir bajo estos presupuestos, sin alardes de profundidad ni exhibición erudita, empeñado simultáneamente en hacerse claro y comprensible, es ardua tarea; exitosa, por de pronto, en la mayoría de los capítulos que integran el libro.

La realidad, empieza por decirnos, responde a una legalidad, cuyo conocimiento es indispensable para conformar la conducta. Lo contrario sería obrar a ciegas, sin tino. Por legalidad entiende "determinación generalizada". No faltará quien ponga reparos a esta interpretación, máxime cuando apunta al quehacer propiamente humano, aunque advierte que el determinismo generalizado no reduce la legalidad a la conexión causa-efecto. Enumera luego una serie de leyes que suponen jerarquía y orden, presuponiéndose, desde las ontológicas hasta las simplemente normativas: las primeras, las más rígidas, pues por su cumplimiento, las cosas son como son; las últimas, en cambio, las más flexibles, por ser reguladoras de la conducta, expuesta de continuo al cambio. El vivir y el continuar viviendo supone atenerse a estas legalidades; imprimen sentido a nuestra existencia según que atendamos a ellas con mayor o menor lasitud. Puede parecer un poco recio el término *amo* aplicado a estas legalidades, sobre todo si el lector ha meditado y se ha emocionado en el sentido y vivencia de la libertad en Hegel, Heidegger y Marcuse. Para estos

pensadores, seríamos más bien seres astutos que, sin poder eludirlas por completo, las manejamos en nuestro provecho.

En el plano de lo real, o de lo comúnmente considerado real, gracias a las leyes de la libertad, el hombre puede vivir su vida como un proyecto de constante realización; aunque De Muro confiesa resignadamente, "pero bien se ve que en cada acto libre el hombre no hace otra cosa que elegir su amo". Es una afirmación propicia a una serie de reflexiones protestativas, abundantes en autores influenciados por el existencialismo. Demorarse en ellas equivaldría a alejarse de los fines educacionales de la obra. Interesa, eso sí, el detalle de las legalidades para saber cómo aplicarlas. Conviene leer sin premura el capítulo consagrado a "La legalidad por libertad": mediante actos libres, modificamos o destruimos un orden, para establecer otro orden; por más que aspiremos a una autosuficiencia cada vez mayor, ésta nunca será total. El párrafo que cierra el capítulo describe hermosamente la ambigüedad del hombre a la búsqueda de un tipo de libertad, nunca cabalmente satisfactoria. Las legalidades nos envuelven y conforman, en la imposibilidad de liberarnos totalmente de su influencia: la psíquica, procedente de nuestros individuales carácter y temperamento, la social y cultural originadas en el ambiente y, finalmente, la ética que resume exigencias, estabilizadas, de las precedentes. Sin poder rechazarlas del todo es en medio de estas legalidades que ejercemos la libertad. *modus operandi*, con diversos grados de excelencia; no una meta. ¿No sería mejor afirmar que la libertad le es al hombre tan esencial que sin ella no podría realizarse, pues es la dinámica gracias a la cual se constituye en humano?

La primera parte fundamenta y exige una educación. Suplanta el término hombre por *teántropos*; la razón, creo.

se encuentra en la etimología: "dios-hombre", un ser que ambiciona emular a los dioses. Por lo tanto, deducimos, aspirante a prescindir de toda legalidad o a convertirse en administrador de la misma. Sólo, por exigencias del existir y convivir, como afirmaron Hobbes y Freud, se somete a la educación, encargada de formarnos para que aceptemos, con las mínimas protestas, las diversas legalidades. Teántropos con seguridad podrá admitir o rechazar la educación que se le ha impuesto; aunque, cuando se da cuenta de ello, es generalmente ya demasiado tarde para decisiones enérgicas. Las legalidades impuestas hacen más difícil, y a veces imposible, el que entren en juego las leyes de la libertad. Han sido siempre la excepción los hombres, émulos de los dioses, dispuestos a cajear las legalidades, generalmente estáticas, dogmáticas y conservadoras.

De Muro ha querido escribir, y lo ha conseguido, un libro veraz y estimulante; ayudará al lector a comprenderse y a realizarse, sin ocultarle dificultades, aunque eximiéndole de la problemática profunda, aquella que siempre deja las soluciones en suspenso por una serie de interrogantes en cadena cuyo fin ni se vislumbra. El afán de claridad

y precisión lo inhiben con frecuencia para la utilización de términos comunes, gastados y vagos, acudiendo a vocablos o expresiones consagrados por los idiomas clásicos o la filosofía; matizan un estilo fluido y lógico y actúan como estimulantes llamadas de atención. Su significado para el no iniciado se encuentra al final en un vocabulario que los aclara. Podrá discutirse su uso en una obra no consagrada a estudiosos de filosofía; aunque debemos también comprender que ciertos conceptos son muy difíciles de expresar sin atender a la estrictez terminológica.

El libro tiende al equilibrio, sin pesimismo ni optimismo; no somos dueños totalmente, y mucho nos falta, de nosotros mismos y de la realidad envolvente. Sepamos, por lo menos, es el consejo que exhala, vivirla dignamente. Invita a una elevación estoica; pero con un dejo de inconformismo que no puede menos de prender en quien observa nuestra agitada actualidad, rebelde de palabras y en hechos. "¿Es éste el mundo que queremos para Teántropos? ¿Llegará el día de esa razonable conciliación entre la rebelión del hombre y el rigor de sus amos?" Así termina la obra.

*Luis Farré*

ÁNGEL OSVALDO NESSI: *Técnicas de investigación en la historia del arte*. Buenos Aires, Nova, 1968 (Biblioteca Arte y Ciencia de la Expresión). Volumen en rústica, 180 págs.

La trayectoria que el autor ha cumplido en los campos de la crítica, de la investigación estética y de la docencia, no sólo es vastamente conocida sino que avala la seriedad del ensayo que nos ocupa. En efecto, sobre el ser de la obra, su naturaleza y funciones, sobre su estructura y finalidad, sobre el efecto que opera en el contemplador se

ha escrito mucho; pero a veces, han sido meros rodeos sin entrar en sustancia. No ocurre lo mismo en este ensayo, antes bien, en un lenguaje ceñido, por momentos sincopado, denso en conceptos —expuestos en forma clara y decantada— proporciona una visión objetiva en la que los sucesivos análisis y los postulados fundamentales de His-

toria del Arte convergen hacia la expresión artística de nuestros días.

El filósofo Albert R. Chandler, en *Beauty and Human Nature*, define a la experiencia estética como una "intuición satisfactoria" durante la cual la curiosidad intelectual "se adormece" y el interés práctico queda "en suspenso": sólo tiene importancia la *satisfacción* que se experimenta en la *contemplación*. Aclaremos que Chandler prefiere el término *satisfacción* al de *placer*, porque su significado es más amplio, y lo define "indirectamente como el estado de ánimo" signado por la complacencia en prolongar o repetir "la experiencia en cuestión". Esto que podemos aplicar sin problemas al acto de contemplar una puesta de sol, no ocurre siempre frente a una obra de arte.

En principio la experiencia estética es el factor resultante de una acción recíproca entre un objeto de arte y un observador. Sin embargo, "el arte moderno —acota Nessi—, con su aparente hermetismo, ha puesto en relieve la debilidad y contradicciones de la crítica [...] Las preguntas ¿qué es? ¿qué significa? rezuman de la imagen como un ácido que corroe los deleites. La necesidad de explicación de la obra de arte nace de su condición de oscura y de su destino. Por un lado se resiste a ser dilucidada a primera vista; por otro, 'sólo hay un arte por y para los demás'. Esto resume el fundamento de la crítica y su valor docente, pues la obra inagotable existe en la medida de la capacidad del que la mira".

De la cita textual se desprende la finalidad perseguida por el autor: eliminar la improvisación, el "diletantismo", e introducirnos en el sendero de la crítica de arte.

Ocho capítulos y el análisis de catorce obras, visualizadas con diagramas, integran el volumen, dividido en dos partes.

En la primera —abarca los ocho ca-

pítulos— se plantea la "cuestión del método en el análisis de la obra de arte". El proceso actual de la ciencia artística nace de la distinción entre las nociones de *ser*, *existencia* y *realidad*. De la interrelación de estas tres nociones y del grado de gravitación de cada una de ellas nacen otros tantos enfoques.

Nessi señala que: "En arte como en cualquier otro dominio de la realidad, existe un saber inmediato, y un saber mediato, cuyos acertos hállanse implícitos en la evidencia intuitiva" y recalca: "La tarea de la investigación consiste [...] en una ampliación metódica de alcances derivados del razonamiento correcto".

Tras dar la etimología del vocablo *método*, lo define como "lo universal frente a lo personal que es la experiencia o la costumbre"; establece la existencia de métodos generales y especiales. La Historia del Arte se relaciona con estos últimos. Analiza el origen y la evolución de la investigación metódica. Lo hace a partir de Sócrates. El método socrático es desarrollado por Platón en el *Sofista*.

Hasta el Renacimiento, el método de la crítica de arte será el histórico y el criterio estético, el de la mimesis.

En 1637 Descartes publica en forma anónima su *Discours de la méthode pour bien conduire la raison et chercher la verité dans les sciences*, como prólogo a los tratados de *Dioptrique*, *Météores* et *Géométrie* del Abad Etienne de Courcelles.

Nessi destaca la importancia fundamental de esta obra, pues "ya no se trata de ordenar o demostrar proposiciones establecidas, sino de un método creador para la invención y el descubrimiento". Menciona las reglas metódicas que "repercuten en los principios pestalozzianos y el concepto de evidencia como criterio de verdad" lo hallamos en Husserl.



Señala las consecuencias del cartesianismo en la Historia del Arte "para concluir que, como es obvio, las reglas del método no se agotan en Descartes".

En los capítulos II, III y IV analiza los métodos histórico crítico, positivista y fenomenológico, respectivamente, los sitúa realizando una síntesis histórica con sus implicancias filosóficas.

El método histórico, asevera Nessi, es quizá el más antiguo enfoque de la obra de arte, y uno de los más persistentes.

El positivismo —cuyos orígenes debemos ubicar en el siglo pasado— "arranca" de Saint Simon y de Augusto Comte: "la ciencia es el único conocimiento posible y el método de la ciencia el único válido". Los hechos de la historia, y por lo tanto los de la historia del arte —infiere Nessi— "obedecen a causas y principios que determinan la génesis y el modo de ser de la producción artística".

En la indagación —continua y sostenida— surgen los nombres de Hipólito Taine y Wölfflin. Para el primero "el punto de partido de este método consiste en reconocer que una obra de arte no existe en forma aislada; en consecuencia, es necesario buscar el método del que depende y según el cual se explica".

Para Nessi la principal objeción al método positivista, "aparte de su determinismo insostenible, es la que proviene de sus contradicciones íntimas".

En los *Conceptos fundamentales* de Wölfflin existe también una marcada orientación positivista, sólo que, en el fondo, Wölfflin es kantiano: "sus conceptos fundamentales son las 'categorías' las cuales no permiten alcanzar un objeto si no son colmadas por datos de la sensibilidad".

En el capítulo IV analiza, medularmente, el método fenomenológico. Sur-

gen entonces los nombres de Husserl, Worringer y Ortega y Gasset.

Husserl adhirió a la exigencia de positividad pero "llevándola hasta sus últimas conclusiones". Su método fenomenológico, conocido como "análisis intencional", ha gravitado profundamente en las concepciones filosóficas e ideológicas del mundo contemporáneo: Heidegger y Scheler, sus discípulos, lo aplican, y ha dado origen a toda "la doctrina estilística de la que surge la investigación semántica, y, en gran medida, las bases del estructuralismo".

La comprensión de la obra de arte se relaciona estrechamente con la teoría del conocimiento.

Consideramos a este capítulo conjuntamente con el dedicado al método estructuralista como lo más sólido de este ensayo. Ensayo para polémica porque su autor adopta una posición que no es, por cierto, un camino trillado sino que abre en forma insólita —si se quiere— nuevas vías a la comprensión del arte moderno, por un lado, y establece por el otro, nuevos puntos de partida para la comprensión de las artes plásticas en general.

En los capítulos V y VI analiza "El método en el Rembrandt de G. Simmel" y los aportes del psicoanálisis en el campo de la investigación artística. Observa Nessi que las técnicas de este último son "complejas y no todo es positivo en la tarea psicoanalítica". Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, ha abierto —concluye— "nuevas vías de acceso a los problemas del arte".

En forma más extensa trata el método estructuralista (capítulo VII): "La estructura de una obra de arte supone otra estructura previa: el conjunto de determinaciones y modos con que el artista ve la realidad, entendiéndose por esto, en sentido amplio, el encuentro del hombre con el mundo."

Básicamente el método estructuralista descansa en el análisis de la obra como totalidad, "como si sus partes fuesen los *elementos* de un lenguaje [...] *concurrentes*. Nessi enfatiza el apoyo de la *Gestalt* a este método, y "por supuesto de la semántica".

El capítulo VIII se abre con una indudable expresión de gozo husserliano: *Zu den sachen selbst!*, y de inmediato formula una advertencia: "Analizaremos una serie de obras típicas de las más diversas culturas. El método consistirá en la ubicación e interpretación del sentido de esas obras a través de la estructura formal que lo revele". Aclara que: "Los resultados logrados serán provisorios, dado que toda obra es, por naturaleza, inagotable".

Como observáramos anteriormente cada análisis se halla visualizado mediante un diagrama que, "como un modelo ideal, condensa esquemáticamente la sintaxis formal y su funcionamiento". Y aquí reside, precisamente, el mérito de esta obra: poner al alcance de los estudiosos —hasta ahora nunca se había hecho en nuestro medio— los elementos fundamentales o básicos para una indagación seria y un análisis riguroso. Es una apertura lo que este libro nos ofrece. *Nuevo en su concepción*, cuyos resultados no son definitivos, porque insistimos, es obra de iniciación. Así por ejemplo, en los aná-

lisis de *Guernica* de Picasso y *Los jugadores de naipes* de Cézanne, entre otros, arriba a resultados originales. Podríamos citar, enjuiciando este ensayo, las palabras que Nessi escribe al referirse a Hipólito Taine: los resultados notables de sus estudios derivan "del profundo conocimiento y sensibilidad que proyectó sobre la obra de arte".

Los diagramas fueron realizados por Beatriz Uribe. Nessi declara haber recogido importantes sugerencias de César López Osornio. Este capítulo incluye, además, una guía para el análisis de obras que comprende: a) Datos del catálogo razonado; b) Configuración y significaciones ligadas a la estructura plástica.

El autor cierra este interesante ensayo con un apéndice en el que discurre sobre "La forma y lo informe".

Completa el volumen una selecta bibliografía que menciona los estudios fundamentales para cada uno de los temas tratados en el texto.

En síntesis: un aporte valioso tanto para los iniciados en esta disciplina como para estudiantes, de imprescindible consulta, ya que el ensayo logra, por un lado, erudita exposición, y por otro claridad esquemática.

Delia M. Zaccardi

JOSÉ CARLOS CHIARAMONTE: *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina*. Ed. Solar/Hachette. Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 280 págs.

Las dos décadas comprendidas entre los años 1860 y 1880 constituyen un importante período de transición en nuestra historia. Al comienzo del mismo la Argentina era un país que todavía reunía todas las características que definen a una sociedad tradicio-

nal: una estructura económica muy simple, limitadas funciones de producción y poca aplicación de la ciencia y de la técnica. Era esencialmente un país pastoril, predominando, dentro de esa estructura económica de carácter pecuario, la explotación del ganado lanar;

sostenida ésta por la creciente demanda de los mercados europeos y de los Estados Unidos, que habían provocado un considerable aumento de los precios y dado lugar a que todos los capitales, las empresas y el trabajo personal descuidaran la atención del vacuno y encauzasen sus esfuerzos hacia el ovino, por las inmejorables perspectivas que presentaba.

Pero esa estructura, desarrollada y sustentada por tan importante demanda proveniente del exterior, y de la que se beneficiaba el sector ganadero, comenzó a resquebrajarse por consecuencia de la crisis de 1866.

Ahora bien, si la crisis es un fenómeno típico de las economías de los países capitalistas desarrollados, afecta también a los económicamente dependientes, puesto que los mismos están ligados, como apéndices, a dichas economías. Es por ello que la mencionada crisis de 1866 repercutiría en nuestro país, afectando profundamente a la principal producción de la época: la lana.

Y esto es mucho decir, ya que en un país de características como el nuestro, que obtenía todos sus recursos de la exportación de productos pecuarios, la crisis forzosamente hubo de sentirse con gran intensidad. Más aún, cuando a nivel internacional había sido superada, aquí, una serie de factores —la falta de recursos propios, la guerra del Paraguay, la fiebre amarilla, entre otros— mantuvieron al país en una situación crítica, retardando, en consecuencia, su recuperación; y ésta no había sido todavía lograda, cuando comenzaron a sentirse los primeros efectos de la crisis internacional de 1873.

Entonces la situación se tornó más grave: gran déficit en el comercio internacional, falta de productos para el pago de la deuda externa, excesiva especulación, escasez de capitales, quiebras, cierre de talleres, acrecentamiento

de la emigración; no alcanzándose la recuperación, prácticamente hasta 1878.

Este prolongado estado crítico es de fundamental importancia considerarlo, por cuanto el período mencionado se inserta en estos dos ciclos de coyuntura —el desarrollo completo de las crisis de 1866 y 1873—. Más aún, casi podría tipificarse dicho período por ambas crisis, puesto que ellas lo marcan profundamente, y en aspectos que van más allá de los específicamente referentes al desenvolvimiento de la vida económica.

La grave situación descrita guarda estrecha relación con los planteos proteccionistas de la época. Un claro ejemplo de lo afirmado lo constituye el grupo ganadero agrupado en la Sociedad Rural, cuyo proteccionismo respondía fundamentalmente a las necesidades creadas por la crisis.

Otros sectores exponen también la necesidad de la aplicación de medidas proteccionistas, para salvar la producción y propender al desarrollo económico del país; tales son, por ejemplo, el grupo parlamentario inspirado por Vicente Fidel López y los integrantes del Club Industrial, entidad origen de la Unión Industrial Argentina.

Todos estos últimos aspectos son tratados convenientemente por José Carlos Chiaramonte.

No es ésta la primera oportunidad en que el autor incursiona en el tema, puesto que ya dio prueba de su interés por el mismo en su monografía *La crisis de 1866 y el proteccionismo argentino de la década del 70*, publicada en 1964 en "Anuario" del Instituto de la Universidad Nacional del Litoral, e incorporada ahora, constituyendo sus tres primeros capítulos, a la obra que estamos analizando.

Resulta evidente que Chiaramonte ha logrado la adecuada maduración que el tema exige. Se maneja con comodidad dentro del período elegido; integra de-

bidamente los distintos factores políticos, económicos y sociales, y sabe detectar y exponer con claridad la ideología de algunos integrantes de ciertos grupos —v.g.: los del Club Industrial— tarea que, por su formación, realiza con suficiente idoneidad.

En suma, una obra de bien lograda síntesis que ayuda a comprender una época que estimo fundamental porque en ella se va estructurando una nueva Argentina, que acostumbramos denominarla moderna para contraponerla a la

tradicional, la criolla, que empieza a morir precisamente en esos años.

Las últimas dieciséis páginas del volumen corresponden a la bibliografía. Cantidad abrumadora pero innecesaria de trabajos presentados, puesto que cierta cantidad de ellos poca relación tienen con el tema. En cambio Chiaramonte no menciona algún otro, de similar temática a la suya, que entiendo no puede desconocer.

José Panettieri

GEORGE RUDÉ: *La multitud en la historia*. Traducción de Ofelia Castillo. Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 277 págs. + 12 mapas fuera de texto.

Los avatares de la noción de “muchedumbre” y los criterios usados para su determinación llenan varios capítulos de las ciencias sociales. A fines del siglo XIX Scipio Sighele (*La folla delinquente*) creyó poder definirla de acuerdo a criterios criminológicos, mientras Gustave Le Bon (*Psychologie des foules*) lo hacía en base a criterios psicosociales fuertemente impregnados de componentes raciales y, en nuestro país, José María Ramos Mejía (*Las multitudes argentinas*) intentaba su inclusión en una sociología histórica que no desdenaba servirse de metáforas químicas (“el hombre carbono”), mecánicas o biológicas. Más contemporáneamente, se ha vinculado la problemática de la masa con las adhesiones políticas (Wilhelm Reich: *Massenpsychologie des Faschismus*), con la anulación de la individualidad (David Riesman: *The Lonely Crowd*) o con latencias arcaicas o religiosas (Elias Canetti: *Masse und Macht*). Un enfoque menos frecuente ha sido el estrictamente histórico. Esta obra de George Rudé se propone eliminar esa carencia: “durante muchos años ha sido considerada [la muchedumbre]

como un tema apto para ser estudiado más bien por los psicólogos o los sociólogos que por los historiadores. Este libro es la tentativa de un historiador por hacer algo para restablecer el equilibrio” (p. 11).

Para su estudio sobre la muchedumbre en la historia, el autor ha delimitado un período y dos países: entre 1730 y 1850, Inglaterra y Francia asistieron, respectivamente, a una revolución industrial y una revolución política que sentarían las bases de un nuevo tipo de sociedad al que convencionalmente se denomina “industrial”. En ese lapso, el efecto combinado de ambas revoluciones erosionó las antiguas instituciones, modificó los hábitos de pensamiento y estableció al proletariado moderno como una fuerza social decisiva en la escena histórica. Una consecuencia fundamental de estas transformaciones fue el nuevo carácter que adquiriría la “muchedumbre”, particularmente en cuanto a sus movilizaciones: disturbios, levantamientos, revoluciones. El período estudiado por Rudé es uno de transición entre las rebeliones propias de la era “preindustrial” y las ca-

racterísticas de la sociedad "industrial". Los que participan en ellas "son a veces campesinos (como en el pasado) pero más a menudo se trata de una población compuesta de lo que en Inglaterra se denominaba *lower orders* o clases inferiores y en Francia *menu peuple* (o, durante un breve período en la década de 1790, *sans-culottes*)" (página 14).

De esta manera, en la primera parte de la obra George Rudé estudia, en sendos capítulos, y dentro de la historia de Inglaterra, las rebeliones campesinas del siglo XVIII, las disputas laborales durante el mismo siglo, la actividad de los ludistas, el movimiento obrero cartista y las revueltas aldeanas de mediados del siglo dieciocho conocidas como "Las hijas de Rebeca" y "Capitán Swing". Podemos agregar que el autor ha dedicado a este último movimiento un trabajo, realizado en colaboración con Eric J. Hobsbawm (historiador que se ha ocupado, asimismo, de la persistencia de rebeliones "primitivas" en nuestra época en su obra *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Ariel, Barcelona, 1968), denominado *Capitán Swing, una revuelta campesina en el siglo XIX*, cuya publicación anuncia Siglo XXI Argentina.

Los capítulos dedicados a la historia social francesa abarcan las revueltas rurales del siglo XVIII, la rebelión política, las revueltas del hambre y las disputas laborales en la Revolución de 1789 y, por último, la revolución de 1848. En toda esta primera parte, las multitudes descritas y el carácter de sus luchas es presentado, en cada caso, a partir de la situación social y ocupacional de sus protagonistas, lo que implica continuas referencias al movimiento de los precios, el tipo de producción y el estado de la economía, el contexto político y la relación entre las

clases. Este trabajo de reconstrucción ha debido sortear variados escollos para llegar a buen término y, de todos modos, como lo aclara el autor, siempre subsiste la duda sobre la fidelidad de la reconversión de las categorías sociales (por ejemplo, socio-ocupacionales) de la época estudiada al moderno lenguaje sociológico: "mientras la sociedad continuó siendo jerárquica y 'aristocrática' y la movilidad entre las clases relativamente inusual (y si no inusual al menos oficialmente reprobada), era normal considerar la sociedad en función de diferentes 'órdenes', 'rangos', 'grados' o 'posiciones' más bien que en función de diferentes 'clases'" (p. 202). Ahora bien, lo que le importa a Rudé es precisamente el reclutamiento clasista de las rebeliones consideradas. Por eso, la segunda parte del libro se ocupa de un análisis crítico de la muchedumbre, buscando desentrañar su índole social, distinguir las "caras en la multitud" y la naturaleza del interés común que las congrega.

Por último, en el capítulo final se analiza el relativo éxito o fracaso de las rebeliones y, además de éstos, el efecto mediato de su acción. ¿Cuál fue el legado de esas luchas sociales a la nueva sociedad que se iba formando? ¿hasta qué punto los cambios suscitados fueron decisivos? Responde el autor: "es cierto que en algunos casos el cambio se limitó a poner el vino nuevo en odres viejos, pero quizá no sea desatinado ver en estas pruebas de fuerza primitivas, inmaduras y a menudo torpes, un antecedente de movimientos posteriores cuyas consecuencias y cuyos éxitos han sido significativos y perdurables" (p. 276).

*The Crowd in History* apareció en 1964. Para esta edición castellana (cuyo subtítulo es *Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*) el autor ha agregado un prefacio en el que, además de señalar

algunas obras relativas al tema aparecidas en el intervalo, juzga que la pertinencia de su objeto de estudios es ahora aún mayor que en aquella fecha, en virtud de lo que significa un enfo-

que histórico de las muchedumbres en una época que asiste a múltiples estallidos raciales, nacionales y clasistas.

José Sazbón

GUNTRAM KNAPP: *Mensch und Krankheit*. Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1970. Volumen en rústica, 277 págs.

La presente obra, titulada *Hombre y enfermedad*, enfoca el problema del dolor y, por consiguiente, el de la enfermedad y la muerte, desde un punto de vista filosófico. El autor, nacido en Karlsbad en 1927, ha cursado estudios de medicina y filosofía en la Universidad de Munich, donde actualmente es docente. Ello lo capacita para conciliar la necesaria información científica con la penetración reflexiva de un tema tan ambicioso como el propuesto por el título de su obra. Precisamente este estudio se estructura en tres partes que tratan, respectivamente, el problema de la ciencia médica, el problema del ser del hombre y, finalmente, la enfermedad, su concepto y sentido existencial. Al enfocar el problema científico, el autor se ve precisado a exponer, paralelamente, las concepciones que han predominado acerca del "objeto" de esa ciencia médica, esto es, el hombre. Esta rápida exposición se detiene particularmente en la concepción clásica del hombre como *animal rationale* y en la moderna antropología de Arnold Gehlen, la cual habla del hombre como un "ser deficiente" cuya "naturaleza" es la cultura, posibilitada por el peculiar carácter de ese ser "abierto al mundo"—habría que precisar mejor la traducción de estos términos *Mängelwesen*, *Weltoffenheit*, etc., pero ello excedería los límites de este comentario—. La parte referida al "Ser-hombre" se basa principalmente en Heidegger y, con más precisión, en el Heidegger de "*Ser y*

*Tiempo*". Esta concepción subyacente en la segunda parte prepara la exposición de la enfermedad como vocación a la autenticidad del existente. Se analizan aquí las conocidas doctrinas heideggerianas del "estado de ánimo" (*Stimmung*), la "conciencia moral" y la muerte. Con estos análisis se anticipa la aceptación de la finitud por parte del hombre como posible camino para encontrar lo infinito.

Obtenida así una idea del hombre, la tercera parte de la obra afronta el problema de la enfermedad en cuanto posibilidad específicamente *humana*, inaccesible a la mera vida animal. La enfermedad "actualizaría", dentro de este contexto, la referencia del hombre a su más propia finitud; de tal suerte obraría como un "llamado" a la autenticidad de la existencia.

En general, la obra está bien documentada con una abundante bibliografía. Ello no es óbice para que, en algunos puntos, el autor roce los límites de un "misticismo" existencial con el cual no siempre se puede estar de acuerdo. Esta tendencia, empero, parece estar equilibrada con las exposiciones fenomenológicas de temas tan importantes para esta problemática como "cuerpo y alma", "la corporalidad humana", la "gran razón del cuerpo", etc. El autor confiesa que no es su intención "agotar el tema", sino tan sólo preparar un camino para su tratamiento. En tal senti-

## Revista de libros

do, es positivo el esfuerzo emprendido en *Hombre y enfermedad*, si se lo entiende como un paso más hacia la consolidación de una reflexión que caería

en un ámbito que podría denominarse “filosofía de la medicina”.

Mario A. Presas

VICTORIA OCAMPO: *Testimonios; octava serie 1968/1970*. Ed. Sur, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 310 págs.

Desde la aparición del primer volumen de *Testimonios*, publicado en 1935, en Madrid, por la Revista de Occidente, hasta llegar al octavo de ellos se nota en la obra de Victoria Ocampo temas constantes, repetidos a lo largo de su vida. Ella misma reconoce en el prólogo del último tomo de *Testimonios* que “cada escritor, cada músico, tienen una o dos cosas principalísimas que decir y las repiten en diferentes formas, toda la vida, hasta dar con el tono justo”. Varios son los planteamientos que Victoria Ocampo vuelve a proponer: la mujer, la naturaleza, la música, el cine, la literatura, “The Mighty Dead”. También están presentes los países de su predilección: India, Francia, Inglaterra, Argentina. Pero, sin duda, entre todos estos temas se distinguen cuatro: su honda preocupación por los problemas referidos a la mujer, su devoción por la literatura, su pasión frente a la naturaleza y su entrañable amor por nuestra tierra. Gracias a su estilo esos cuatro elementos fundamentales se funden en la palpación de la vida. Victoria Ocampo ha confesado, alguna vez, en otros testimonios: “he amado los libros y sus autores desde que aprendí a leer. Para ello tenía un mérito, pues amaba igualmente la vida que se vive, no la que se cuenta. La vida que no está aprisionada en páginas impresas, sino la que se bebe en el manantial de donde brota, mirando unos ojos queridos, un árbol que verdea, un niño que juega, un picaflor suspendido, con su extraño vuelo de helicóptero, sobre una flor”.

Este último ejemplar de *Testimonios* —“testimonios de desparramo”, según su autora— contiene artículos publicados entre 1968 y 1970 en diarios y revistas, salvo el dedicado a Baudelaire. Ellos vuelven a transmitir esa misteriosa fusión de vida y literatura que quizá constituyen el secreto y la clave de su modo de escribir.

La gran cantidad de artículos reunidos en este volumen han sido agrupados en diez apartados que versan sobre los siguientes temas: India, Francia, Inglaterra, U.S.A., Argentina, Ideas Fijas, Música, Homenajes, Recordando, Periodismo. Incluye además un prólogo y un reportaje realizado por Fryda Schulz de Mantovani, en el cual retoma los problemas que siempre le han preocupado, aunque no deje de responder, por razones de oportunidad y vitalidad, a la pregunta de “qué piensa sobre la moda”.

En la primera parte, India, Victoria Ocampo vuelve a referirse a las personalidades de Gandhi, Tagore, Indira y Nehru. En Francia evoca la figura de Claudel, “con quien —confiesa— he discutido mucho mentalmente..., y a quien admiro hoy como merece que se lo admire. A quien necesito también”. En “La Belle y sus enamorados”, publicado en *La Nación*, vuelve a recordar encuentros con personas que alguna vez la conmovieron: Marguerite Moreno, Jules Supervielle, Albert Camus, Drieu la Rochelle, Louis Jouvet...: “Cuántos rostros recordados, cuántas voces, cuántos pasos han que-

dato resonando en mis cuartos...”, pues “sólo he coleccionado pasos y voces”. En “El Aguilucho” recuerda la amistad que, a comienzos de este siglo en París, la unió con Maurice Rostand, testimoniada en cartas escritas a Delina Bunge de Gálvez. Inglaterra está presente en temas tan dispares como los que abarcan las “Cartas de Aldous Huxley”, “Dartington Hall” y un comentario sobre el *film* de Zefferelli “Romeo y Julieta”.

En el apartado dedicado a los Estados Unidos incluye un artículo sobre Isadora Duncan y la carta dirigida al “poeta norteamericano Ned O’Gorman sobre el asesinato de Luther King”. Con dos artículos dedicados a Ezequiel Martínez Estrada, a quien calificara alguna vez como un “hombre tierno y arisco”, inicia el capítulo destinado a la Argentina. En el mismo publica una “Carta a Alberto Salas”; estas páginas llenas de evocación y de lirismo apasionado prologaron la segunda edición del libro *Relación parcial de Buenos Aires*.

En “Ideas fijas” vuelve a otros de sus temas favoritos: la mujer y la música. Con respecto a esta última están los testimonios de sus relaciones con Ansermet, Jane Bathori, Juan José Castro y Strawinsky.

En las páginas siguientes reproduce las palabras que leyera con motivo del homenaje a Borges realizado en la So-

ciudad Hebraica. También recuerda la figura de Federico de Onís. Incluye asimismo la “Carta a Marcelo de Alvear”, leída en el Cementerio de la Recoleta. Es lamentable que Victoria Ocampo no haya registrado en este volumen, ni en los otros, las palabras que pronunciara en otro homenaje a Alvear, cumplido en 1943, y que solamente se publicaran en la revista *Sur*. Creemos que es una de las páginas más tiernas y conmovedoras que haya escrito y por ello digna de figurar en un futuro volumen de *Testimonios*.

Tampoco podía faltar en el libro la gracia de la “periodista, según algunas personas benévolas”, tal como Victoria Ocampo se define, irónicamente y de acuerdo con la apreciación de quienes, en tanto periodistas profesionales, han menoscabado su personalidad. En el apartado titulado “Periodismo” ha reunido un conjunto de artículos ágiles y amenos y también algunas de las muchas cartas dirigidas a directores de diarios.

Podría señalarse otras excelencias del libro, pero baste lo apuntado. Victoria Ocampo es no sólo principalísima protagonista de nuestro destino cultural sino también de nuestra literatura. En ella seguirá siendo una ilustre escritora, dispuesta a sacrificar el brillo de su prosa en un estilo lleno de vida y amor.

Carlos Adam

OSVALDO LOUDET y OSVALDO ELÍAS LOUDET: *Historia de la psiquiatría en la Argentina*. Editorial Troquel, Buenos Aires, 1971. Volumen en rústica, 212 págs., con ilustraciones.

Padre e hijo, eminente psiquiatra de la generación anterior, el primero, y médico de promisoría faena en la generación actual el segundo, entregan en este volumen los retratos de veinte

figuras encumbradas de la ciencia psiquiátrica argentina.

La representativa galería comienza con una semblanza del fundador de los estudios de patología mental en



## Revista de libros

nuestro país, Diego Alcorta, autor de una tesis de doctorado sobre *Manía aguda*, que fue la primera de la especialidad que se compuso en la Universidad de Buenos Aires y a quien los autores definen con justicia como "precursor".

El capítulo siguiente, titulado "La época filantrópica y moral", se refiere a la obra de Ventura Bosch y Osvaldo Eguía. Del primero afirman que como médico, como alienista, como filántropo, merece una estatua en uno de los establecimientos que fundara: el Asilo de Dementes y el Hospital de Mujeres Dementes. Del segundo, que fue quien diagnosticó los primeros casos de fiebre amarilla en la epidemia de 1871 y que actuó como colaborador y sucesor de Bosch en la Dirección del Hospital de Mujeres Dementes dicen, a modo de síntesis definidora de su personalidad: "Los grandes bienes morales de este hombre superior fueron la honestidad, la modestia, la bondad, el altruismo, el amor sin límites para sus semejantes".

El tercer capítulo, dedicado a "La época clínica y docente", así denominado porque abarca el período en que se inicia la enseñanza oficial de la clínica psiquiátrica, comienza con la biografía de Lucio Meléndez, consumado clínico y destacado publicista, a quien el profesor Arturo Ameghino calificó como el "Bautista de la psiquiatría argentina", y de quien dijo: "Fue un universitario brillante y talentoso que creó en Buenos Aires la cátedra de enfermedades mentales, después de haber gastado su vida en justificar la necesidad de su enseñanza". Su sucesor fue Domingo Cabred, que sembró el país de asilos y hospitales y fue un maestro fundamentalmente práctico y un innovador en materia de asistencia psiquiátrica. Al fundamentar su pedido de profesor honorario en la sesión del consejo académico de la Facultad del 13

de octubre de 1922, el doctor Joaquín Llambías, entre otros conceptos, expresó: "Fue el profesor Cabred el organizador de la enseñanza moderna de la psiquiatría. Su clara inteligencia lo indujo a la creación del Instituto de Psiquiatría, colocándolo a la altura de los mejores. Y para ello se esfuerza sobremanera, golpeando a las puertas de los poderes públicos para obtener dinero, contribuyendo generosamente, más de una vez, con el propio; busca en el extranjero los colaboradores que creen ambiente de estudio y formen escuela".

Le siguió el mejor de sus discípulos, José T. Borda, autor de una clasificación de las enfermedades mentales que fue adoptada por la mayoría de los países latinoamericanos en 1922 y de importantes trabajos de anatomía patológica del sistema nervioso. Los autores reproducen este juicio de Obarrio: "Llevó a cabo observaciones anatomoclínicas y estudios del sistema nervioso que le dieron justo renombre dentro y fuera del país".

El cuarto profesor fue Arturo Ameghino, el príncipe de la psiquiatría argentina y paradigma de maestro por su genio pedagógico y su cultura deslumbrante. Sus dotes excepcionales en el examen de enfermos mentales lo erigieron en el mejor semiólogo psiquiatra argentino. A modo de síntesis de su descollante personalidad, los autores citan estas palabras del gran George Dumas: "C'est un des plus intelligents hommes que j'ai connu".

Gonzalo Bosch cierra el capítulo, señalándose que su interés por la salud psiquiátrica y moral de los enfermos lo llevó a comprender que la asistencia de los mismos prosigue fuera del hospital, en el hogar, en el taller, en la vida libre, para lo cual alentó la creación de dos instituciones de fundamental importancia: la Escuela de Visitadoras de Higiene Mental y la Liga de Higiene Mental.

En el capítulo siguiente: "La época de la neurobiología y la anatomía patológica", los autores trazan la biografía de Cristofredo Jakob, cuya labor califican de prodigiosa por su profundidad y su extensión. Destacan que este sabio desinteresado tejió piezas consagradas por la ciencia universal, en los dos escenarios en que desarrolló su fecunda faena: el laboratorio del Hospicio de las Mercedes y el del Hospital Nacional de Alienadas.

Se ocupan en seguida de los que llaman "Los maestros libres", refiriéndose a Ramos Mejía, Ingenieros, de Veyga y Korn, que fueron al par geniales creadores y auténticos maestros sin haber ocupado la cátedra de la asignatura. De José María Ramos Mejía recuerdan los autores que fue el fundador de la "clínica histórica" en nuestro país, con sus obras "Las neurosis de los hombres célebres en la historia argentina" y "La locura en la historia", en las que puso de manifiesto su vigoroso talento, su notable erudición y su sagacidad de psicólogo. Discípulo de éste fue José Ingenieros, que descolló en la psiquiatría, la criminología, la historia, la filosofía y la sociología. De su inagotable capacidad de trabajo, los autores transcriben estas palabras de Rubén Darío a Máximo Soto Hall, en 1924: "Tengo la memoria llena de recuerdos en los que se mezcla el nombre de Ingenieros. Aunque más joven que yo, fuimos desde el principio excelentes amigos, algo más, buenos camaradas. Yo nunca he podido darme cuenta de cómo hace este hombre para alargar el tiempo. Era de los que trasnochaban conmigo hasta clarear el alba y, sin embargo, tenía horas para consagrarse al estudio y como él lo hace, con conciencia. Su amistad me ha servido de mucho. Su energía, su resolución, han sido más de una vez ariete para mi debilidad".

Francisco de Veyga, que fue profesor

de medicina legal, fundó el Servicio de Observación de Alienados de la Policía Federal el 24 de noviembre de 1899 y designó jefe de clínica a Ingenieros. En cuanto a su fecunda producción científica sobre psicología, psicopatología y psiquiatría forense, los autores mencionan los principales trabajos en cada ramo.

De Alejandro Korn —tan caro a La Plata y a su Universidad— señalan que ejerció durante cerca de veinte años la dirección de Hospital Neuropsiquiátrico de Melchor Romero, realizando una obra de excepcional relieve, no sólo en lo que atañe a la humanización del tratamiento de los alienados sino también en materia de progreso terapéutico, como por ejemplo la organización del sistema de laborterapia, que había sido establecido con éxito en los hospitales psiquiátricos europeos y que preconizaba entre nosotros Domingo Cabred. Por otra parte, destacan la jerarquía excepcional de sus informes medicolegales, muchos de los cuales constituyen verdaderos modelos de monografías científicas.

En el capítulo destinado a "Los directores de hospitales psiquiátricos" exaltan la proficua labor cumplida por Antonio F. Piñero, Manuel T. Podestá, José A. Estevez, Julio G. Nogués y Luis Esteves Balado en el Hospital Nacional de Alienadas. A continuación, bajo el título de "Dos auxiliares de la justicia", hacen una documentada semblanza de dos sabios peritos en psiquiatría forense: Amador Lucero y Lucio V. López (h.). Y en materia de "Legislación sobre alienados" reúnen los proyectos de ley de Emilio R. Coni (1879), Ramón V. Tejerina (1891), Domingo Cabred (1894), Antonio F. Piñero (1919), Juan Manuel Obarrio (1924) y Nerio Rojas (1946).

El último capítulo contiene la ordenanza sobre creación del curso de mé-

dicos psiquiatras, dada por el consejo académico de la Facultad de Medicina de Buenos Aires el 20 de octubre de 1942, por iniciativa del profesor Osvaldo Loudet.

En suma, un libro de historia de la medicina escrito con orden, precisión y galanura.

*Roberto Ciasfardo*

RAÚL H. CASTAGNINO: *Experimentos narrativos*. Buenos Aires, Juan Goyanarte Editor, 1971 (Colección "Crítica y narrativa"). Volumen en rústica, 267 págs.

"Crítica y narrativa" es una nueva colección que ha comenzado a publicar la editorial Juan Goyanarte y en la que, bajo la dirección de la profesora Amelia Sánchez Garrido, irán apareciendo, exclusivamente, obras dedicadas al estudio del género narrativo.

La colección se inicia con *Experimentos narrativos*, del doctor Raúl H. Castagnino. Su propósito es orientar a los lectores en el diverso mundo de la novela contemporánea, tan atractiva en sus búsquedas como compleja y laberíntica en los procedimientos que utiliza para materializarlas: "Cada uno de los trabajos aquí reunidos —declara el autor— no pretenden adoptar novedosas interpretaciones, sino iluminar coherentemente posibilidades introductorias en la anatomía de ese laberinto; posibilidades que puedan contribuir a obtener una mayor facilidad de acceso a ciertas formas novelescas discutidas y, consiguientemente, a otro modo de disfrutar su lectura" (pp. 13-14).

Castagnino parte de una advertencia que corroboran muchos críticos y estudiosos de la novela actual: la novela ha dejado de ser ya el liviano pasatiempo en el que sólo se atendía a la acción novelesca, a la intriga argumental o al carácter de los personajes; hoy, es casi una invitación al vértigo del lector, porque se complace en distraerlo de los centro convencionales de interés para que se enfrente con otros nuevos y perturbadores. Se trata de inci-

tarlo a un goce distinto de la lectura, de modo que descubra y desentrañe tramas desordenadas, desconcertantes juegos con el tiempo, la caótica vida interior de los personajes, la desrealización del espacio, la ausencia de héroes, en fin, estructuras inquietantes, que pueden llegar, inclusive, a contaminar el relato novelesco con elementos de una pluralidad de áreas conexas, no sólo de las más próximas (la teoría literaria, el ensayo, la biografía, la crónica), sino aun de las aparentemente más distantes (la ciencia, la tecnología, la sociología).

Esa intención orientadora básica es la que circula a lo largo de todo el estudio de Castagnino, dando coherencia y armonía a partes originariamente miscelánicas. En forma explícita, el autor advierte que los diecisiete capítulos de la obra "nacieron de exposiciones y cursos que procuraban orientar a diferentes auditorios hacia ese acceso que exige el goce de algunas novelas contemporáneas, particularmente aquellas que, de algún modo, han experimentado con el hecho narrativo" (p. 11). Para servir tal propósito, el autor ordena el material de su estudio en tres secciones.

La primera sección ya desde su título, "Laboratorios del relato", subraya el carácter experimental que el doctor Castagnino advierte como denominador común de las novelas contemporáneas. El capítulo dedicado a "Experimentos

narrativos” aborda la situación del personaje, la estructura, la desacralización y el tiempo. El tipo tradicional de personaje novelesco ha sido sustituido por su anonimización total, cuando no por la imposibilidad de nombrarlo o referirse a él; así, la novela objetivista francesa ensaya su aniquilación, su cosificación, indicio de que la sociedad de hoy prefiere el caos masivo a la personalidad individualizada. La estructura actual desordena el desarrollo lineal del relato, es decir, el encadenamiento normal y cronológico de las secuencias; polémico enfrentamiento con una manera lógica y racional de novelar, que cuida la continuidad lineal y cronológica de los hechos y sacrifica su simultaneidad y su sincronismo (la forma en que las cosas pudieron haber ocurrido) a las convenciones del relato. La novela actual desacraliza los procedimientos de la tradicional, o sea, adopta una actitud iconoclasta frente a ellos; es lógico: “La novela ‘tradicional’ corresponde a un mundo estable, con principios y convenciones aparentemente inmutables, un mundo individualista que puede ser reflejado como espectáculo objetivo y realista. Los experimentos narrativos corresponden a un mundo en crisis, inestable, en constante cambio, un mundo masificado, que no puede ser reflejado objetivamente, sino a través de interpretaciones subjetivas, del entrecruzamiento de interpretaciones posibles...” (p. 27). En cuanto al tiempo, “la novela tradicional requería el transcurrir del tiempo, porque en él instalaba el desarrollo y la sucesión de los hechos. Cierta tipo de experimento narrativo actual o ensaya la simultaneidad y la coexistencia sincrónica de los hechos y los seres en una realidad múltiple y heterogénea o el sentido habitual del tiempo se altera, se rompen las fronteras de pasado, presente y futuro con la instalación ‘relativista’ de la temporalidad (pp. 28-29); o, como hace

la novela objetivista, intenta “construir estructuras mentales carentes de tiempo”, en las que “sólo cuentan el presente y un nuevo sentido y uso de la descripción” (p. 29).

El capítulo “Problematizaciones de la escuela de la realidad” es un apretado inventario de distintas concepciones del realismo, surgido hacia mediados del siglo XIX, en Europa, con la pretensión de captar fría y objetivamente la realidad. El Dr. Castagnino muestra la crisis actual de los postulados de esta escuela para propiciar una mayor sensibilización en el lector de hoy, que le permita acoger, sin prejuicios estéticos, las búsquedas de la nueva novela. Dos de ellas son puntualizadas en los capítulos siguientes. “La novela-crónica”, que se ejemplifica con *A sangre fría* de Truman Capote, estudia una nueva concepción del realismo: el apoyo del relato son, sí, fuentes reales y documentales —archivos policiales, expedientes judiciales, informaciones periodísticas—, pero debidamente traspuestas por el autor y convertidas en sustancia estética. “La novela-soliloquio”, para cuya ilustración sirve *Yo-yo y yo-él* de Salvador de Madariaga, es el análisis de una nueva búsqueda narrativa: el protagonista, un enfermo mental, se desdobra en soliloquios sensatos y demenciales, con los que Madariaga —advierde Castagnino— aporta una nueva variante del fluir síquico a las sistematizadas hasta ahora por la crítica especializada.

Los capítulos que cierran la primera sección están destinados, en forma exclusiva, a estudiar aspectos relevantes del fenómeno editorial de los últimos años: la nueva narrativa hispanoamericana. “Algunos rasgos comunes en la novelística hispanoamericana actual” detalla caracteres extensivos a muchos novelistas hispanoamericanos del presente: poetización del relato; lúcida experimentación técnica; nueva preocupa-

ción por el tratamiento del lenguaje; desaparición de los grupos literarios en favor de las individualidades creadoras; identificación del escritor con su medio social, que reconcilia su destino de novelista con el de la condición humana en general; decidida incorporación de la mujer a la creación literaria; abandono de las antinomias heredadas del romanticismo social (civilización-barbarie, pobres-ricos, capitalismo-proletariado...), no porque dejen de preocupar —todo lo contrario—, sino porque se las saca del viejo esquematismo simplista para formularlas en un plano estético más elevado; abandono del folclorismo, del telurismo y del pintoresquismo externos; búsqueda de proyección universal; misión revolucionaria, insurgente de la literatura pero no a través de la retórica bandería política sino de un subjetivismo que a la vez enriquece y distorsiona la novela... “La ‘nueva novela’ hispanoamericana vista por sus propios autores” es un oportuno complemento ilustrativo del capítulo precedente; Castagnino convoca aquí las ideas de algunos novelistas hispanoamericanos de hoy que sienten la necesidad de sumar a la creación literaria concreta la formulación teórica de los principios con que se rigen en esa actividad; así, tras revisar el curso de la novela hispanoamericana a partir de su primera manifestación y situar a la actual en el lugar que le corresponde dentro de esa evolución, el Dr. Castagnino inserta testimonios de Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, Juan Rulfo...

La segunda sección del libro, “Intermedios de entreguerras”, aborda a tres escritores de importante irradiación en la narrativa. El capítulo inicial, “Experimento coclear, angustia y psicoanálisis:Kafka”, puntualiza los elementos del mundo novelístico de Kafka que convierten a éste en verdadero precur-

sor de la narrativa subsiguiente: su actitud existencial; su capacidad para testimoniar un mundo en crisis; la incertidumbre anterior a la catástrofe por carecer de apoyos firmes; la angustia derivada de esa inseguridad; el conflicto con lo humano y lo divino; la técnica coclear —en forma de espiral— de sus abrumadoras visiones que abren lo real hacia una perspectiva mágica; el absurdo... El capítulo que clausura esta sección, “La problemática literaria, tema de la novela”, indaga el caso de dos escritores que han utilizado el problema de la literatura como tema de sendos experimentos narrativos: Virginia Woolf, en *Orlando*, historia de un personaje que simboliza el espíritu de Inglaterra y, a la vez, relato que se debate entre la condición de novela, biografía y ensayo; su engranaje narrativo es minuciosamente desmontado por el Dr. Castagnino mediante el detenido análisis de su estructura y de sus claves significativas; Charles Morgan, en *Sparkenbroke*, a través de cuyo protagonista, un escritor de orientación platónica, mística y estetizante, se plantea y cuestiona qué significa el arte de escribir. Son obras, pues, “en que el novelista —que por artista siempre ha ejercido la autocrítica de su oficio y su técnica— utiliza ese sentido crítico incorporándolo a lo ficcional” (p. 169).

La última sección del libro, “‘Canción de cuna para técnicos’ y experiencias fantacientistas”, es una atenta exploración en el campo de la ficción científica: sus antecedentes; sus fuentes; sus relaciones con la novela policial, con la crítica social, con la teoría literaria... Importa aquí, sobre todo, el justificado empeño del autor por evidenciar la auténtica validez literaria de un tipo de experiencia narrativa que suele menospreciarse porque se lo juzga arbitrariamente a partir de sus manifestaciones de cuarta categoría. El acopio informativo que aporta Castag-

nino en pro de esa reivindicación es múltiple: desde las obras hasta sus críticos, desde la polémica de sus cultores hasta las apreciaciones de sus teorizadores, acopio de sumo interés no bien se tiene en cuenta, además, la escasa bibliografía en lengua castellana que hasta ahora ha considerado digna de estudio a la ficción científica.

En síntesis: *Experimentos narrativos* es una guía orientadora para todo lector que quiera intentar el arduo peregrinaje por los terrenos de la novela

contemporánea; en ellos, habrá de encontrar la claridad expositiva y el apoyo que le facilite ese acceso a través de dilucidaciones que no sólo desentrañan problemas de orden literario sino también de otros contextos —estéticos en general, sociológicos, psicológicos...—, imprescindibles para valorar en profundidad el mundo de hoy. Que un libro cumpla acabadamente con lo que ha prometido hacer ya es razón suficiente para animarse a explorarlo.

José María Ferrero

JOSÉ M. PALADINO GIMÉNEZ: *El Gaucho (Reseña fotográfica: 1860-1930)*. Editorial Palsa, Buenos Aires, 1971. Volumen encuadernado, 665 págs., con 453 fotografías.

Un libro en gran formato (29 × 43 cm), único en su género dentro de la bibliografía nacional, por su tema y por su realización —concebida ésta a la manera de un álbum con textos explicativos al pie de cada una de las fotografías reproducidas—, que rescata para siempre un precioso material gráfico relacionado con el gaucho en sus últimos tiempos, y el paisano que lo sustituyó, y lo pone al alcance de los estudiosos amantes de nuestra tradición. La valiosa colección de fotografías en él reproducida —453 “fotos” seleccionadas de 1.500 que componen el archivo del autor— muestra la evolución del indumento de nuestro hombre de campo y del apero de su cabalgadura, así como también el medio cultural y ecológico que los rodeaba, en el período que va de 1860 a 1930, lapso en el que nuestro país, y por ende el campo, sufre una aguda transformación.

Como bien dice el autor en la Introducción, sobre este asunto hasta ahora sólo habían visto la luz estudios iconográficos basados sobre óleos, acuarelas, grabados y dibujos ejecutados por artis-

tas que actuaron en las respectivas épocas (recordemos entre paréntesis a Rugendas, D'Hastrel, Pallière, Monvoisin, Vidal, Pueyrredón, Morel, Pellegrini, entre otros), pero no recurriendo a fotografías, más auténticas desde el punto de vista documental puesto que se trata del reflejo fiel y objetivo de una realidad. Por cierto que las producciones de tales autores poseen asimismo, aparte de su valor artístico, un alto interés testimonial para una época anterior a 1840, en que no existía el daguerrotipo, precursor de la fotografía actual.

El autor, tesorero rastreador de dichos elementos probatorios y excelente conocedor del tema, desde que es un enamorado de las cosas camperas, sobre todo de las que atañen a la pampa —paisaje, tipos, costumbres, fauna—, hace en la Introducción una historia de los orígenes de la fotografía en nuestro país y cita el nombre de los pioneros en este arte. Recordemos nosotros que Louis-Jacques Daguerre (1787-1851), pintor y físico francés, utilizando los conocimientos obtenidos

por Joseph Nicéphore Niepce (1765-1833), científico de la misma nacionalidad considerado "inventor de la fotografía, perfeccionó en 1839 el procedimiento hasta hacerlo comercialmente practicable, destinado a obtener fotografías sobre planchas de cobre plateado; es lo que se conoció con el nombre de *daguerrotipo*. A fines de 1840 —dice Paladino— llegó a Montevideo el abate Comte portador del revolucionario invento, que no pudo introducir en Buenos Aires a causa del bloqueo francés que por esos años soportaba la ciudad. Tres años después el litógrafo Gregorio Ibarra es el primero en hacer daguerrotipos en Buenos Aires. En 1860 —cuando había aparecido la película de colodion que iba a sustituir al daguerrotipo— arriba al país el italiano Bernardo Panunzi, el primero que toma fotografías gauchescas recorriendo parte de la provincia de Buenos Aires. En 1868 se instala la casa Witcomb (cuyo registro de miles de negativos —muchos de ellos que reproducen estancias y estancieros— fue adquirido por el Archivo General de la Nación y permanece sin revelar) y diez años más tarde se difunden los nombres de otros fotógrafos que se hicieron famosos: el italiano Antonio Pozzo —que

aporta un rico material tomado durante la conquista del desierto—, el francés Rimathe y el inglés Samuel Boote, todos los cuales dejan valiosas probanzas de la vida en la campaña argentina.

Todo ese material, y otro de diferentes orígenes, ha sido minuciosamente recogido, analizado y ordenado por Paladino Giménez para plasmar esta meritísima obra, que enseña fehacientemente cómo era en ese lapso de setenta años que abarca la investigación iconográfica la vida en nuestras llanuras. Un esfuerzo que será en el futuro, como lo es ya, una obligada y segura fuente de información para trabajos relacionados con el hombre de la región pampeana, sus usos y costumbres. "No de balde —dice en el prólogo el profesor Julián Cáceres Freyre, director del Instituto Nacional de Antropología— en estos últimos quince años, la fotografía en blanco y negro y en color, en plena época de revolución tecnológica y científica, es el elemento fundamental del estudio antropológico y folklórico o costumbrista de los tipos indígena y paisano de todo el mundo."

*Noel H. Sbarra*

CARLOS ADAM: *Bibliografía y documentos de Ezequiel Martínez Estrada*.

Editado por el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 1968. Volumen en rústica, 247 págs.

Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964) se autodefinió en más de una oportunidad como un artista que ha utilizado "el idioma de la verdad y la honradez humilde" para exponer con arrolladora autenticidad los resultados de su constante indagar en los problemas nacionales. Esta circunstancia determinó que algunos críticos lo consi-

deraran "un pensador amargo". Y es que el autor de *Marta Riquelme* pertenecía al grupo de los que se arrojan a la lucha con total plenitud, vital lucidez, sin medir las consecuencias.

Paralela a su actividad intelectual como creador y crítico, ejerció la docencia en nuestra ciudad como profesor de literatura del Colegio Nacional,

entre 1923-1945. Precisamente, de este último año data la carta de despedida dirigida a sus alumnos. Para los no que tuvimos el privilegio de ser sus discípulos, la lectura de esa carta constituye una revelación: se intuye de inmediato al Maestro. Acercarse a él, a su intimidad, equivalía no sólo tomar contacto con un pensador con perfiles de acusada personalidad sino conocer la ternura y serenidad viriles que pocas veces dejaba traslucir. Es posible que Carlos Adam estudiante de letras en la época que lo conoció y frecuentó captara lo que decimos y decidiera abocarse con verdadera vocación en preparar una bibliografía, "la más completa —señala Juan Carlos Ghiano en la Advertencia preliminar— que ha podido realizarse en nuestro país".

Nos referimos al volumen editado por el Instituto de Letras —hoy Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana— del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de nuestra Universidad.

Analizado a grandes rasgos el trabajo sobre el autor de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* comprende dos apartados: Bibliografía y Documentos.

El primero —*Bibliografía*— reúne los títulos de las obras escritas por Ezequiel Martínez Estrada y sobre él mismo. Abarca esta primera parte tres capítulos: Obras, Crítica y Biografía y Marginalia. Por carta dirigida a Carlos Adam, incluida en el libro (p. 197), vemos que el índice temático fue sugerido por el propio Martínez Estrada.

El segundo apartado —*Documentos*— está integrado por un Epistolario de singular valor, a través de cuya lectura puede apreciarse la rica personalidad del autor de *El hermano Quiroga*; también se registran juicios críticos —Comentarios sobre la obra— y se inclu-

yen testimonios de escritores como Victoria Ocampo, Fryda Schultz de Mantovani, Jorge Luis Borges, Enrique Amorim, Antonio Tovar, entre otros.

Una Cronología básica cierra esta sección.

El libro incluye, además, una fotografía de Ezequiel Martínez Estrada, que lo muestra en plena madurez, realizada por Anatole Saderman en 1945.

La "Advertencia preliminar" firmada por Juan Carlos Ghiano —director del Instituto—, encabeza este valioso trabajo. En ella su autor tras hacer un enfoque rápido —excelente por el poder de síntesis y valoración exacta de la obra de Martínez Estrada—, señala que "A través de este apretado itinerario por una obra de difícil reducción a claves y constantes, se ha intentado una aproximación respetuosa a uno de los escritores más definitivos de este siglo" y agrega: "En este volumen se afirma un punto de partida imprescindible para el estudio que reclamaba Martínez Estrada casi en los límites de su existencia".

Debemos destacar el rigor científico, calidad del enfoque y perfecta organización del material, recordando que la finalidad perseguida —compilación de datos y referencias para realizar una Bibliografía— se cumple con suma generosidad, al punto de que I. Echeverría, autor de la Bibliografía publicada por la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí* (1968) lo ha calificado no sólo meritorio sino realmente valioso.

No es este el primer trabajo de Carlos Adam ya que anteriormente nos ha demostrado su capacidad con la *Bibliografía* referida a la obra de José Ortega y Gasset, incluida en la *Revista de Filosofía* de la Facultad de Humanidades (año 1966, N° 17) y reimpresa recientemente, por la *Revista de Occidente*.

Mención aparte merece la encomiable labor de investigación que viene



## Revista de libros

realizando el Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana, cuya Serie "Textos, Documentos y Bibliografías" nos ha brindado volúmenes tales como: *Roberto J. Payró: El azar de las lecturas* (T. I), *Escritos dispersos de Rubén Darío I* (T. II), *Bibliografía y*

*documentos de Ezequiel Martínez Estrada* (T. III) y *Prosas dispersas de Vicente Barbieri* (T. IV), todos de indispensable consulta para estudiosos e investigadores de las literatura argentina e iberoamericana.

Delia M. Zaccardi

FRANCISCO MIRÓ QUESADA: *Humanismo y revolución*. Lima, Ediciones de la Casa de la Cultura del Perú, 1969. Volumen en rústica, 292 págs.

La alianza de pensamiento y acción ha sido un hecho en muchos intelectuales latinoamericanos del siglo pasado. La emancipación política, lograda a costa de duras luchas, y el penoso proceso de la organización institucional, entorpecido por contiendas fraticidas en varios países, obligaron a los intelectuales a entregarse a la política y a los políticos a buscar en las ideas los derroteros de la acción. Esta alianza, si bien limitaba el horizonte de la filosofía al constreñirla a ocuparse de cuestiones prácticas con desmedro de la pura teoría, dio también aplicación concreta a los afanes de los hombres de pensamiento. Pero no alcanzó a conferir un matiz específicamente americano al filosofar, que siguió alimentándose en fuentes europeas, lo que conspiraba contra la originalidad de sus mejores frutos.

En el siglo actual, gracias a la organización jurídica y administrativa lograda en la mayoría de los países, que ha permitido la división del trabajo, la filosofía ha alcanzado amplia, segura y bien documentada información y un rigor lógico desconocidos durante la centuria anterior. Pero los pensadores, en su mayoría, han permanecido desconectados de las respectivas realidades nacionales, y pocas veces el filósofo ha llegado a ocupar cargos de importancia que le permitieran desarrollar una ac-

ción decisiva en la función pública. Esta ley no alcanza, sin embargo, a todos.

Una estimable excepción la constituye Francisco Miró Quesada, en quien las virtudes del hombre de pensamiento no han trabado la participación en tareas efectivas en el campo político de su país. A diferencia de sus predecesores, Miró Quesada disponía, al iniciarse en las lides políticas, de un sólido bagaje de ideas y de técnicas rigurosas de investigación y demostración, tanto en el orden de los problemas teóricos como en lo relativo a orientación sobre cuestiones prácticas. Con disciplina y perseverancia infrecuentes en el medio latinoamericano ha realizado investigaciones a lo largo de dos líneas: una, de índole estrictamente teórica, que le ha abierto el acceso a los problemas fundamentales, y otra, de orden práctico, estimulada quizá por su labor intermitente de periodista, que lo ponía en contacto asiduo con los requerimientos de la vida diaria en el contexto social de su tiempo y de su medio.

Testimonio de la primera son sus libros *Sentido del movimiento fenomenológico* (1941), *Lógica* (1946), *Ontología* (1951), *Problemas fundamentales de lógica jurídica* (1956) y, sobre todo, su madura y bien documentada exposición sobre cuestiones metateóricas disimulada bajo el rótulo modesto de

*Apuntes para una teoría de la razón* (1963). A la segunda pertenecen sus escritos de carácter ideológico, entre los cuales se destacan *La otra mitad del mundo* (1959), *Las estructuras sociales* (1961), *Manual ideológico* (1967) y el texto que ahora comentamos *Humanismo y revolución* (1969). El autor de estas obras de riguroso contenido filosófico no ha rehuído las responsabilidades de la acción: como periodista, primero, inspirando los editoriales del diario más leído de su país; desde la cátedra universitaria, siempre, en medio de las variables vicisitudes de la agitada vida de esas casas de estudio; finalmente, como ministro de Educación y embajador de su país ante gobiernos europeos. Sin claudicar de ninguna de las exigencias éticas de su vocación, el intelectual se ha prodigado en la acción que cada hora imponía. Esto explica que *Humanismo y revolución* concilie la más acendrada intención teórica con el esbozo de una acción transformadora de la realidad social que señala de antemano los caminos del futuro.

El autor no expone los temas a la manera tradicional, acumulando información y crítica, porque ha pensado el humanismo en términos filosóficos y no históricos. Lo concibe como el advenimiento de todos los hombres a la plenitud de sí mismos por el espontáneo desarrollo de sus propias posibilidades. En este carácter es un ideal ético, que confiere sentido a la historia. Pero como no ha cristalizado aun en realidad, el humanismo se ofrece no sólo como programa, sino como una incitación a una acción transformadora, que por cancelar las vigencias tradicionales asume el carácter de una revolución.

Miró Quesada está persuadido que la ideología humanista conduce con eficacia a la revolución. Y en esto consiste la inaplazable tarea de nuestro tiempo, especialmente en América latina, donde supervivencias del pasado

mantienen la injusticia en amplios sectores de la vida colectiva que ya han adquirido conciencia de sus derechos y, por su número y su fuerza, disponen de las posibilidades de una acción eficaz. Volviendo la espalda a los sentimientos y predilecciones del grupo social a que pertenece, Miró Quesada se inclina resueltamente por la causa popular, no en términos de cálculo electoral, como es frecuente en los políticos de viejo cuño para quienes la democracia no pasa de ser un mito, sino como inexcusable deber de su generación, como compromiso que deriva de su condición misma de intelectual. Se equivocaría, sin embargo, el lector que interpretase este mensaje como prédica de la revolución o solapada incitación a la violencia. La necesidad de transformación social, que habrá de acarrear el desplazamiento del grupo dominante por un nuevo grupo de poder, no autoriza a entronizar la violencia en el gobierno y convertirla en elemento constitutivo del nuevo sistema. Si hubiera que echar mano de ella como recurso extremo sólo podría ser tolerada como ingrediente momentáneo de la acción. El humanismo, en cuanto actitud de profundo respeto hacia el hombre, se negaría a sí mismo si admitiese que la violencia es inseparable del proceso histórico. ¿Cómo eliminar, a la vez, a opresores y oprimidos, los dos grupos antagónicos que justifican la exigencia revolucionaria, sin eliminar también la violencia que surge de la tensión que los opone y separa?

Este libro es original como esfuerzo por instaurar un nuevo tipo de fundamentación de la praxis política. Se trata de destruir viejos prejuicios que gravitan como dogmas y prolongan su vigencia durante siglos, pero apoyándose en una ideología centrada en el hombre. Desde que el humanismo deriva, según Miró Quesada, del ideal de vida racional, nada parece más urgente que

aplicar con el debido rigor los más recientes métodos de análisis al examen y formulación de la ideología humanista. En esta obra la aplicación ha sido conducida con implacable coherencia. Su autor se ha permitido desestimar el viejo camino de la dialéctica, inoperante para realizar el ideal humanista, endeble por su falta de coherencia y falsa porque los hechos se resisten a corroborar sus resultados. La ideología humanista conduce a la praxis revolucionaria con más eficacia moral que la filosofía dialéctica.

Un análisis pormenorizado de los temas de este libro, pensados y escritos en diferentes épocas, lo que no perturba, sin embargo, la unidad y el desarrollo consecuente de las ideas, obligaría a internarse en las cuestiones relativas

al nexo de ideología y praxis política, el valor de la teoría para la acción humana y el papel del intelectual ante los requerimientos de la vida política de Occidente. No disponemos de espacio suficiente. Baste decir que la obra de Miró Quesada —aludo a la totalidad de su producción filosófica— comparte el destino de otras similares de Latinoamérica: ser escasamente conocidas en el ámbito cultural en que deben rendir sus mejores frutos. La falla ha de imputarse al hecho de que sus libros no se han valido de las cadenas de distribución que han organizado las grandes editoriales de Buenos Aires, México o Madrid. Por estas vías sus ideas ganarían la difusión que merece la noble calidad de sus trabajos.

*Eugenio Pucciarelli*

FÉLIX WEINBERG: *Juan Gualberto Godoy: literatura y política. Poesía popular y poesía gauchesca*. Ed. Solar/Hachette. Colección Dimensión Argentina. Volumen en rústica, 278 págs.

Cuando nos encontramos —aunque lamentablemente sólo de tanto en tanto— con libros como el que ahora nos ocupa, seguramente que nuestro espíritu se ve regocijado y decididamente predispuesto a disfrutar de la buena lectura, de la narración seria y de la investigación minuciosa e intachable.

El mérito mayor —entre muchos que esta obra nos brinda— es el de haber permitido aclarar en forma definitiva la cuestión de los orígenes de la poesía gauchesca en la historia de nuestra literatura. La presunta existencia del poema “Corro” de Juan Gualberto Godoy, era sostenida por algunos como la prueba de que esta obra constituía el primer poema gauchesco en el Río de la Plata, teniéndose por antecesor de Bartolomé Hidalgo, con su famoso primer “Diálogo patriótico” (enero de

1821). Pero el “Corro” estaba perdido, y el asunto no podía dilucidarse.

Muchos estudiosos, durante largos años, no escatimaron esfuerzos para hallarlo en bibliotecas públicas y privadas de Buenos Aires y el interior, y aun de países limítrofes. Y ante los resultados negativos, no faltaron quienes —como Zeballos, Leguizamón, Oyuela— pusieran en duda su existencia.

Es recién en 1963 que Félix Weinberg, sin duda uno de los más respetados investigadores de hoy en materia histórico-literaria, logra localizar un ejemplar del “Corro”, en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, olvidado entre las obras que pertenecieran a la colección de don Pedro de Angelis. Lleva por largo título: “Confesión histórica en diálogo que hace el Quixote de Cuyo Francisco Corro a un anciano,

que tenía ya noticia de sus aventuras, sentados a la orilla del fuego la noche que corrió hasta el pajonal: la que escribió a un amigo suyo". El formato es in octavo y consta de 19 páginas.

Pero aclaremos algo con respecto al autor del "Corro", a quien Weinberg dedica su libro con pasión de investigador.

El correr de las páginas, sin duda muy rápido por el interés que el asunto despierta, nos lleva a descubrir la personalidad de don Juan Gualberto Godoy, que surge con fuerza como poeta del Interior, para ofrecer su personalísimo testimonio. A modo de lema sostendrá: "Una pluma llevaré por espada y un pedazo de papel por escudo". Tal habría de ser su combativa trayectoria, obsesionado por la libertad y el bienestar de sus conciudadanos.

Entre las interesantísimas noticias biográficas que nos brinda Weinberg, nos enteramos que quien habría de ocuparse por primera vez de Godoy, fue nada menos que Dominguito Fidel Sarmiento.

Godoy, nacido en Mendoza en 1793, fue un verdadero autodidacto, que conoció también la vida de soldado, pero que apenas aparecido el primer periódico que vio la luz en Mendoza, sintió el llamado de su destino y fue atrapado por el olorcillo de las tintas de imprenta y el papel recién impreso.

Nunca fue testigo indiferente del quehacer local o nacional; siempre un defensor sin descanso del régimen unitario. Por supuesto, en oportunidad de un levantamiento del oficial Corro en San Juan, no desaprovecha el episodio, y en inspirados versos traza, burlescamente, la temeraria y hasta ridícula ambición de aquél, y nace entonces el extenso poema a que ya nos hemos referido y al que volveremos más adelante.

En determinada circunstancia, por disconformidad con el gobierno de Dorrego, abandonará el ámbito cuyano y curiosamente se recluirá en la llanura bonaerense, al sur del río Salado. Primero es el pueblo de Dolores, que lo ve abrir una pulpería y luego será la vieja rinconada del Tuyú la que lo acogerá con esa misma actividad, en el cruce de dos polvorientos caminos próximo a la más que centenaria estancia "Los Yngleses". Por estos pagos su figura real, se transfigurará en folklore y leyenda, como Juan sin Ropa, o el mismísimo Diablo. Allí habría un día de toparse con un famoso payador, aquel de la larga fama.

Dice Weinberg: "La controversia cerca del fogón, comenzó un atardecer y las horas, devoradas por las estrellas, siguieron sin pausa su ritmo hasta el alba, en que se definió a favor del pulpero trovador. Su contendor ocasional, vencido, avergonzado, montó en su cabalgadura y se marchó. Solo la muerte debió liberarle de su pena". En ese preciso momento comenzaría a crecer la leyenda de Santos Vega. El nombre de Godoy quedará así vinculado a uno de los mitos más significativos, perdurables y hermosos de nuestra pampa.

Luego del Tuyú regresará a su ámbito natal, y conocerá también el largo camino del exilio, el camino a Chile, para regresar por fin al país recién en 1852.

Volvamos ahora a su poema dialogado, el "Corro". Godoy pensó sin duda con él, por medio de sus rimas burlescas, infligir la definitiva derrota a quien, por meses, habría de encarnar en Cuyo, la anarquía y el desenfreno. El "Corro" es, pues, una antiepopéya y su protagonista un antihéroe.

Weinberg es claro y terminante. Analizado el poema, no cabe duda alguna; no es, como erróneamente se dijera muchas veces, de género gauchesco. Esta-

## *Revista de libros*

mos sí en presencia de un poema argentino de pretensión popular, basado en un tema rigurosamente histórico. El "Corro" es entonces una composición popular no gauchesca, y esto aclara en forma definitiva las dudas que al respecto existían ante el desconocimiento de su texto. Es bien claro que el lenguaje del Corro no es el mismo que usara Bartolomé Hidalgo en sus celebrados Diálogos. Queda así firme —dice Weinberg— el gran poeta oriental como iniciador del género gauchesco en el Río de la Plata. La cuestión está terminada. En cambio, el gran mérito de

Godoy es haber sido el iniciador, después de la Revolución de Mayo, de la serie de "diálogos" no dramáticos que alcanzaran gran difusión a lo largo del siglo XIX.

En síntesis, un hermoso libro, que todo quien busque la verdad y guste bucear en ameno tránsito por la historia de nuestra literatura, está comprometido a leer, y no hay duda alguna que mucho será el placer que con ello habrá de conseguir.

*Carlos Antonio Moncaut*